

Y á fe que no mintió el con- sabido señor Grullo, y que no mientes tampoco otros no me- nos famosos y distinguidos es- critores, que han hecho suya esa sentencia para repetirla en tono magistral cada vez que les viene en gana.

Escribir de arte en América! Buena es esa, compadre! Ha- bía de tener paciencia para su- frir tamañas necedades esa pobre muchacha, — la llamada virgen desde que á uno de tan- tos desocupados antojósele consagrarla tal, nada más que por meter dos sílabas que en un verso le hacían falta, — la que continúa siendo virgen, como tantas otras de la cofra- día que yo conozca, no obstante las tremendas guerras con que la ambición cada rato ensan- grienta sus terruños!

Y no podemos decir que nos faltan ingenios ¡Que va! No pasan días sin que se eche á andar por esos cafetales de Dios — que ya parecen del Diablo, según es la ruina que encima les ha caído, — tres ó cuatro visionarios, trovado- res melifluros que, ansiosos de darse un hatazgo de belleza, de la belleza ideal, lo sacrifican todo, todo lo abandonan—has- ta los quehaceres que nunca tuvieron — para ir en artística peregrinación "con el laud al hombro," cantando fingidas nostalgias, que generalmen- te son negras, muy negras, y suspirando por una amada que por lo general es aerea, desde- ñosa, intangible.

Pero, qué vamos á hacer ¡po- brechitos nosotros! si con todo y eso *la multitud ignara ayu- na de talentos*, sonrío con son- risa idiota cada vez que en en- cuentra con uno de esos fervo- rosos devotos del arte postra- do por la admiración y el en- tusiasmo, y en ocasiones hasta por la embriaguez. . . . artísti- ca, ante una Venus manca ó ante un famoso lienzo de esos que ahora se estilan, de esos que mirados de cerca parecen un manchón informe y una pin- tura incomparable si se los mi- ra de lejos? ¿Cómo infligir casti- go alguno á los que se exta- sían con la boca *exquisitamen- te entreabierta*, oyendo alguno de tantos trozos musicales que para los profanos no son sino detestables cencerradas? Cómo extrangular á los que llaman audazmente montones de ade- fesios y figurones estrambóti- cos á las brillantísimas má- genes con que adornan sus versos y sus prosas tantos exi- mios poetas y prosistas exi- mios como andan por ahí? El arte soberano, erguido en to- das partes, reclama á grito pe- lado la atención de las *masas inconscientes*, las cuales lo oyen como quien oye llover y se enco- gen de hombros como diciendo: señor majadero, qué nos cuenta usted de eso? Y ¡caramba! que

casi no pide el amigo! no sino exigir á todo el mundo que nazca con predisposiciones á ese *don genial* que dibuja en la fantasía con todos los detalles adorables de una gentil prin- cesa, á la más asquerosa mari- tornes!

Y bien mirada la cosa, el se- ñor Arte Soberano se tiene la culpa de lo que pasa en Amé- rica. . . . y quién sabe si en algunas otras partes que no son vírgenes ni mártires como esta malaventurada que en ho- ra maldita hubo de encontrar- se Colón á la vuelta de una es- quina, como quien dice. ¡Pues no se le ha ocurrido al muy be- llaco hablarnos en un idioma que entienda el Demonio; en griego, como si dijéramos. Con perdón de los que sin ser diablos sino apenas profundí- simos sabios de alta guisa, en- tienden de esa clásica *antigua- lla* sobre cuya tumba cantan mañana y noche los gallos del modernismo irrespetuoso.

Vamos, que decirle á un le- go: "La inconsolable viuda- medio envuelta en grises cor- tinajes, escupía hilos de plata sobre el ciclope que á sus pies se retorció erizado de rabia, cual si quisiera arrojar muy le- jos la manada de fieras que en sus entrañas ruge entre espu- marajos de empecinada iracun- dia," es no decirle cosa alguna. O poco menos. Lejos está cual- quiera de imaginar que toda esa flamante palabrería quiere expresar: la luna, medio cu- bierta por una nube, enviaba rayos de luz sobre el mar que estaba irritado y parecía deseo- so de lanzar muy lejos sus olas tempestuosas."

No, si es lo que dijo el com- padre Pero Grullo: escribir de arte en América, sublime ab- negación!

¡Y tan sublime!

FIGARIN

GRAMATICA HISTORICA Y LOGICA
DE LA
Lengua Castellana
POR
ROBERTO BRENES MESEN

De venta en la Librería de don
Antonio Lehmann

Un volumen de más de 450 páginas.

PROTESTA

No hemos podido leer los denuestos que contra el nuevo Gobernador de Guanacaste se lanzan en las columnas de "El Pacífico", sin sentir ardiente indignación. La vida de un hombre honrado y pundonoroso debe ser respetable. Cuan- do contra ella atenta la audaz invectiva, cumplen los hombres de bien salir á defenderla. Nos- otros consignamos desde luego nuestra protesta.

Z.

FANTASIAS ULTRATERRESTRES

Perseguida por la imagen sangrienta de Agripina, el alma negra de Nerón, erraba por el infinito teniendo sin cesar ante su vista, la terca visión de Roma ardiendo.

Las almas de Sócrates, Newton, Víctor Hugo contemplaban meditabundas los padecimientos del tirano.

Perdón madre mía! . . . Perdón británico, repetía Nerón. Ah Dios mío . . . perdón! Esta sangre! . . . esos leones que no cesan de rugir y esos lamentos de las víctimas destrozadas en la arena me horrorizan.

Aparta — buen Dios, ese horrible cuadro de mi vista que hace tantos siglos me persigue!

Pobre alma! — dijo Sócrates — y aun le faltan muchos siglos para cum- plir la condena.

Sus tormentos cesan—añadió Víctor Hugo — el día que halla expiado sus crímenes y purificado su espíritu de toda pasión en el crisol del sufrimien- to, entonces Dios—infinitamente bue- no y grande — le bendicirá y le con- cederá el perdón.

Mirad—buenos amigos—dijo New- ton — ¿Qué almas son aquellas que vienen hacia acá?

Sócrates las miró y en el lenguaje de las almas dijo: Ah! son nuestros an- tiguos amigos, los que como nosotros, visitaron el pequeño planeta de La Tierra.

Son Jesús de Nazareth, Pitágoras, Galileo, mi discípulo Platón, Lutero, oh! tantos, tantos queridos compañeros.

La sombra de Nerón, sin cesar en sus lamentos, se perdió en la inmensi- dad.

Al aproximarse a las almas dijo New- ton: "Somos viajeros del infinito, dig- nos de las órdenes del Ser Omnipotente."

La paz — con vosotros! Contestó con dulzura el Nazareno.

Oh! qué dulce placer experimento— dijo Pitágoras — al reunirme de nue- vo con vosotros después de nuestra peregrinación al través de los mundos.

Y demos gracias al Supremo Hacedor—contestó Cristo — por habernos dado fuerzas para cumplir las misiones que nos encomendó.

Y extasiados en elevada plática — sostenida en el lenguaje mental de las almas — éstas remontaron su vuelo en el espacio.

¿Qué son aquellos pequeños puntos que se agitan en torno de aquel foco luminoso? Preguntó Platón.

Es el sistema solar, contestó New- ton.

Ah! dijo alegremente Jesús, ya dis- tingo la pequeña Tierra en que estuve la última vez.

Mirad mi querida Francia! dijo Víctor Hugo, vamos allá.

Mirad á Roma, dijo Galileo — su vista me recuerda el triunfo que obtuve pa- deciendo por defender la verdad.

¿Quién te hizo padecer? preguntó Cristo.

Oh, hermano mió! tus discipu- los, no los buenos y sencillos hom- bres que escucharon tus enseñanzas sino otros impostores que las adulte- raron sirviéndose de tu nombre como arma que esclaviza las conciencias y llaves que abren las puertas de la fortuna y el placer.

Oh! explícame eso, nada sé, dijo Jesús.—Cómo! . . . dijo asombrado Lutero ¿ignoras que después de tu partida unos hombres se apoderaron de tus enseñanzas borrando de ellas la luz y llenándola de sombras y erro- res que han esclavizado por muchos siglos á la humanidad al pie de los al- tares y los tronos. Esos hombres pro- clamaron que tú eras Dios, que tu poderío obarcaba el cielo, la tierra y las almas recompensando infinitamente á los justos y atormentando eternamente á los malos.

Oh! qué iniquidad! dijo el Nazare- no ¡y tales errores existen aún en la mente de los hombres!

Sí! contestó Víctor Hugo, porque do propagarlos se encarga un inmen- so y negro rebaño que en nombre de la religión explotan la ignorancia y sacian su vanidad.

¿Dónde están quienes tal hacen! — Venid, hermano mío, y los veréis.

Instantes después, Jesús de Naza- reth y sus amigos se detenían sobre Roma ante el soberbio palacio de los pontífices.

Suaves acordes musicales, murmu- llo de oraciones que se elevaban con el arrullo de las fuentes y el aroma de las flores se escuchaban allí.

Gran número de gentes cubiertas de espléndidas vestiduras salían en ese momento á los jardines del pala- cio.

Llevado en hombros de lujosos ser- vidores y muellemente reclinado en dorado sillal apareció la figura vene- rable de un hombre cubierto de blan- co ropaje y que extendía sus manos ante la multitud que se inclinaba si- lenciosa.

He ahí el que se dice tu represen- tante en la tierra y heredero de tus virtudes.

No fueron las más ni el orgullo ni la ostentación, ni jamás poseí rique- zas, contestó el Nazareno.

Poco después la multitud se dis- persaba por las calles de Roma en la cual resonaban tañido de campanas y ecos de músicas sonoras.

El hombre del sillal — rodeado de otros engalanados con purpúreas ves- tiduras, había penetrado en el interior del palacio.

Cristo y sus amigos le siguieron y llegaron á una espléndida capilla do- corada con clásicas pinturas y artísti- cos adornos cual soñado en el deli- rio de un poeta.

El Nazareno contempló una escul- tura que representaba un hombre de oro clavado en una cruz de plata y ceñida la cabeza con esplendente diadema . . . y sonrío con tristeza al conocer su imagen y quedó sumido en profunda meditación.

De ella fué sacado por la dulce ar- monía de un coro de infantiles voces que al compás de los gemebundos acordes de una orquesta entonaban un himno en su honor. ¿Quiénes can- tan así? . . . preguntó asombrado Jesús. Los eunucos—hermano mío— contestó Víctor Hugo señalando un grupo de hombre melancólicos que alzando al cielo sus miradas tristes elevaban un canto celestial.

Por qué cantan esos hombres co- mo niños?

Porque los someten á bárbaros su- plicios y la más negra afrenta que á un hombre se puede hacer para ob- tener esas voces purísimas que al- gan el oído de "tu hijo predilecto." Esos hombres no tienen sexo.

Nerón! dijo el Nazareno y hulló apresuradamente seguido de sus a- migos.

Detenido un instante sobre Roma miró hacia el Vaticano é iba á lanzar una maldición, pero se contuvo y ex- clamó: perdón Dios mío; perdón por lo que iba á hacer y perdónales por- que no saben la ofensa que te hacen.

Y embargado su espíritu en tristes reflexiones — la paz sea con voso- tros— dijo y dejando sus alligidos a- migos se alejó solo y pensativo en la profunda inmensidad de los espacios.

HÉCTOR NARANJO R.

Hacemos la moda y hacemos el precio

Los modernos estilos americanos, como hoy se estilan en New York y los precios increíbles á que vendemos el calzado ESTRICTAMENTE cosi- do á mano, sólo aquí se obtienen.

Tenemos muy sabrosos ó higiéni- cos calzados de lona blanca ó de color con ó sin suelas de caucho.

El afamado betún-gra a **MAG- NET** tamaño grand á 10 centí- mos lista

Todo esto—ya se sabe—donde y sólo donde **ARTAVIA**

VEASE EL AVISO

—DE LA—

BBTICA „La Violeta”